

EDITORIAL

EL TERCER CONGRESO

BAJO los generosos auspicios de la Universidad de Tulane va a reunirse, el mes de diciembre de 1942, en la ciudad de Nueva Orleans —de tan gratas tradiciones de hospitalidad y de galantería—, el Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana.

Este hecho, tan sencillo en apariencia, tiene sin embargo un reato de gran importancia, porque va a tener lugar en horas de crisis para el mundo y de fe y de esperanza para las Américas, tierras amplias y abiertas para la libertad y grávidas de anhelos de paz y de justicia ecuménicas.

Dos reuniones han tenido los catedráticos: la primera (1938) en la ciudad de México, y de ella surgió a la acción el *Instituto Internacional de Literatura Iberoameri-*

cana, organizado en parte, según las normas esenciales de su aspiración americanista y según los objetivos ideales que aman y persiguen; y la segunda (1940) en la ciudad de Los Angeles de California, y de ella surgió el *Instituto* ya organizado plenamente, según esas normas y objetivos.

En los dos primeros Congresos, sus delegados leyeron muchos y muy variados estudios de investigación y de crítica literarias, y proyectaron los órganos oficiales de expresión y de publicidad del *Instituto*, trabajando siempre en un sano ambiente de amistad y comprensión. Ahora, al reunirse el Tercer Congreso, los catedráticos de literatura iberoamericana queremos algo más, porque los tiempos lo exigen, y porque nuestro anhelo de acción constructiva es más firme que antes, y más vivo y más enérgico.

En diciembre iremos los delegados al Congreso, y con nosotros un buen número de invitados especiales de grande autoridad y prestigio. Iremos a Nueva Orleans, esta vez a deliberar sobre un tema de singular trascendencia y actualidad, que la REVISTA IBEROAMERICANA se complace en anunciar en esta fórmula que tanto nos gusta por lo imprecisa y sugerente: "El Nuevo Mundo en busca de su Expresión".

Al reunirse el Tercer Congreso para señalar, en sus muchos aspectos y matices, la problemática cultural americana —ya que no para darle soluciones, ni para definir realidades políticas ni económicas—, estamos convencidos de que en parte vamos todos a deliberar para los pueblos de América, y a hacerlo en su nombre, movidos por un deseo desinteresado de servirles dentro de la medida de

nuestra visión, serena y discreta, y seguros como estamos de que los pueblos no se hallan capacitados para formular por sí mismos sus propósitos, cosa que les corresponde, hoy como ayer, a los filósofos de la Historia.

Vamos todos a deliberar, a buscar las esencias vitales que constituyen esa dramática realidad histórica que llamamos *americanismo*, y su florecencia, la *americanidad*, que ya anuncian los heraldos . . .

Vamos todos a tratar de aclarar ciertos conceptos y a señalar posiciones americanas, por creerlo necesario y urgente. Vamos a ver y a discutir lo que para la Historia de América significaron y significan los héroes de ayer, y lo que significan y significarán los héroes de hoy, hombres de este mal llamado Hemisferio "Occidental", que nosotros quisiéramos ver bautizado con el nombre propio de *Hemisferio Central*. Vamos a averiguar el sentido histórico y cultural que en América tienen el *pioneer*, el encomendero y el *bandeirante*, y el indio, el negro y el mestizo, y lo que ellos valen para este Nuevo Mundo en formación, animoso y futurador, que no niega y sí quiere superar las instituciones que estableció en su pasado inmediato, y que quiere respirar el aliento de eternidad y que le dió vida a su pasado remoto y que ahora nos ofrece tan dilatadas esperanzas para las luchas victoriosas del porvenir.

Entre los invitados especiales al Tercer Congreso figuran Antonio Aita, Germán Arciniegas, Augusto Arias, Jorge Basadre, Jorge Carrera Andrade, Henry Seidel Canby, José María Chacón y Calvo, Gilberto Freyre, Carlos González Peña, Archibald Mac Leish, Federico de Onís,

Gustavo Adolfo Otero, Afranio Peixoto, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Raúl Silva Castro, Arturo Uslar Pietri, Alberto Zum Felde y otros más que, si no pueden concurrir, enviarán sus trabajos para ser leídos en sus sesiones.

Con ellos nos reuniremos los delegados del *Instituto*, en el Hotel Saint Charles de Nueva Orleans, del 21 al 24 de diciembre de 1942, y como el Congreso nos ofrece a todos deliberaciones del mayor interés, hacemos aquí un llamamiento a los americanos de buena voluntad, del Norte, del Centro y del Sur, para que concurren, o envíen los trabajos de investigación y de crítica que tengan preparados.

En la *Memoria* del Tercer Congreso se publicarán —además de las notas, discursos, etc.— los trabajos presentados en relación con el tema del Congreso, “El Nuevo Mundo en busca de su Expresión”. Todos los demás se publicarán en la REVISTA IBEROAMERICANA, órgano oficial del *Instituto*.

Como decía Rodó, “en América sólo han sido grandes quienes han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano”. No nos olvidemos de ello, y vamos a Nueva Orleans quienes aspiremos —aun dentro de los límites de la modestia— a esa patriótica grandeza.

La Hora Panamericana

La presente es hora de crisis esencial. Un mundo muchas veces centenario —el Mundo Antiguo de Oriente y de Occidente— liquida, agónico, todos sus haberes, y se prepara, por medio de la técnica al servicio de la fuerza, a enrumbar la prora de sus destinos en direcciones confusas y contradictorias, por no haber podido resolver satisfactoriamente los problemas fundamentales de la vida y de la existencia, ni apagar la sed que asedia al corazón del hombre.

En ese Mundo Antiguo —ora bajo el lívido fulgor de una mística racial, ora bajo el rojo de un materialismo sin idealidad— se deshumaniza y disciplina a las masas sociales para conducir las a la muerte, o para sacrificar su personalidad en los altares del Estado — deidad impasible por inexistente . . . Hállanse en ciega lucha tremenda dos fanatismos exclusivistas y violentos, que crecen hora por hora, y que a todos nos amenazan. Como vivimos en un mundo de interrelaciones profundas, la chispa del incendio, al encenderse y caer en ese trágico Mundo Antiguo, se ha extendido al Nuevo, y podrá devorarlo si no lo defendemos todos a una y con valor. Nadie puede llamarse independiente en absoluto. No hay espacio en la tierra para el aislamiento egoísta, por refinado e inofensivo que sea o que pretenda serlo. O todos nos salvamos, o pere-

ceмос todos. El dilema es grande, y nos impone a los hombres del *Hemisferio Central* una grande responsabilidad, individual y colectiva. Ninguna nación puede ya vivir de sí y para sí misma, y las generaciones se consumirán en el caos, si los hombres del Nuevo Mundo no luchamos, con la pluma y con la espada, por los principios de libertad, de orden, de justicia, de seguridad y de prosperidad ecuménicas que han sido siempre alma de su alma, y faro y norte de sus aspiraciones.

Esta es una hora de crisis esencial, y es por lo mismo la Hora Panamericana. La América entera quiere ser, y tiene ya consciencia cierta de lo que necesita, y como toda consciencia es comienzo de acción, la América es una gran consciencia en marcha hacia la plenitud de su sér y hacia la expresión cultural permanente y comunicativa de su ensueño.

En la crisis actual, el *Hemisferio Central* —AMÉRICA— es el foco de la Historia, el punto céntrico del raudo remolino en que giran los valores que van a destruirse, y los valores nuevos que van formándose y serán vida y esencia del porvenir. Siguiendo su trayectoria fatal, inevitable e invencible, la iniciativa histórica se ha desplazado del Mundo Antiguo al Nuevo Mundo, que es una promesa sin igual ni en el tiempo ni en el espacio geográfico.

Cada una de las grandes crisis del mundo moderno ha tenido su repercusión en tierras de América: el Renacimiento produjo su descubrimiento y su colonización fragmentaria y desigual; la Revolución anglofrancesa pro-

dujo su independencia política; la primera Guerra Mundial produjo su parcial independencia económica; la guerra actual va a producir sin duda la genuina independencia de las Américas, en lo político, lo económico y lo cultural. ¡Maravillosa es la perspectiva que al Nuevo Mundo le ofrece ahora el Destino!

Es esta hora de crisis esencial y angustiosa, y en horas como ésta, los continentes se dan la mano para sobreponearse a las duras pruebas con que se miden el carácter de los pueblos, el vigor de su fe y la virtualidad de sus ideales y aspiraciones. Bien lo sabemos los americanos del Norte, del Centro y del Sur, y nos damos la mano, ahora más que nunca, porque estamos seguros del triunfo definitivo, y convencidos de que será una *Paz Americana* la que salvará al Mundo.

En los hombres epónimos del *Hemisferio Central* —lo mismo que en sus pueblos— se ve y se siente un hondo anhelo de acercamiento y de mutua comprensión, una necesidad urgente e imperiosa de hallar una fórmula común que oriente sus pasos en la vida y que ilumine y energice todas las conciencias, individuales y colectivas. En lucha armada con el Mundo Antiguo, de Oriente y de Occidente, el Nuevo Mundo, volviéndole ya la cara ya la espalda, va a vencerlo, para que la *Paz Americana* se manifieste en todo su esplendor y su generosidad, y para que sepa así el Mundo entero que es en el Nuevo donde se integran todos los esfuerzos y todas las virtudes y todos los valores —físicos, técnicos, morales y espirituales— que se necesitan y son aprovechables en la noble empresa de recons-

truir la vida universal para la libertad, el orden, la justicia, la seguridad, la virtud y la belleza, de todos y para todos.

El Mundo Antiguo, en el Oriente ama y reverencia lo Pasado, que es inmovilidad; y en el Occidente, ama y reverencia lo Presente, que es común conflicto trágico. . . . No así el Nuevo Mundo, que ama y reverencia lo Futuro, que es promesa de superación y de redención ecuménicas, sin exclusivismos, ni odios, ni desconfianzas, ni guerras de exterminio. . . .

En las Américas —y en realidad son cuatro: la anglosajona, la ibera, la india y la africana, si se atiende a sus orígenes remotos, y tres: la del Norte, la del Centro y la del Sur, si se atiende a la posición que ocupan en las zonas templadas y la tropical— el Hombre está formándose, al mezclarse en sus venas la sangre de todas las razas y de todas las familias humanas de Oriente y de Occidente. Se adivina por ello lo que será el verdadero Americano del porvenir: un Mestizo Integral, noble por las estirpes remotas de donde procede, y más noble todavía por la visión de *americanidad* que ya sabe amar y enaltecer.

Adivínase lo que será el *americanismo* del futuro: una perfecta colaboración político-económica de todos los pueblos del *Hemisferio Central*, para la defensa de la democracia científica, y por lo tanto para el establecimiento de industrias, comercios y finanzas complementarias, y para el goce pleno de la libertad, la justicia social y la seguridad individual y colectiva. Y adivínase lo que será su flores-

cencia, la *americanidad*, es decir, una alta cultura humanizada, pagana en el goce de la vida, evolucionista en su fe superadora, y cristiana en su amor y en su íntima y elevada elación espiritual.

Tócales a los hombres de acción —políticos, guerreros, industriales, comerciantes y financistas— servir la causa del *americanismo* en todos sus variadísimos aspectos. Pero es a los hombres de ideas a quienes incumbe señalar las esencias de la *americanidad*, y trazar los rumbos por donde habrá de marchar el Mestizo Integral Americano, en busca de divinidades tan esquivas como lo son esas esencias, para aprehenderlas y expresarlas en formas permanentes, originales y comunicativas.

Al Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana iremos muchos hombres de ideas, con el ánimo de deliberar y de servir, en esta Hora Panamericana de crisis esencial y de solemnes responsabilidades.

La REVISTA IBEROAMERICANA invita a sus amigos a las deliberaciones del Tercer Congreso, que serán libres, animadas y fervorosas, porque sobre ellas brillará el espíritu mismo de la *americanidad*.

CARLOS GARCÍA-PRADA

